

ACCION

Semanario Republicano
de Izquierdas

Dirección: calle del Cid, Núm. 12.
Precios de suscripción: 50 cts. mensuales
Número suelto: 10 céntimos

Año I

Cieza 4 de Septiembre 1932

Núm. 10

Los enemigos de la República

La República tiene una copiosa colección de enemigos. Tenemos que declararlo aunque esta ingenua afirmación provoque la algazara de algún colega nuestro de mentalidad cavernaria. Y es una faena conveniente la de que nosotros hagamos ahora una pequeña labor entomológica intentando la clasificación de dichos enemigos.

En España hay todavía unos cuantos monárquicos. Entre ellos hay algunos que son monárquicos como son rubios o morenos. Monárquicos «de acción», diríamos en unos términos de expresiva vulgaridad. La República, régimen liberal, respetuoso por tanto con la opinión ajena, solo puede adoptar ante estos respetables ciudadanos una actitud: poner siempre ante sus ojos su fecunda ejemplaridad, su ingenua pureza, su honestidad insólita. Y aspirar vagamente a su improbable captación.

Pero hay también en la República el enemigo habilidoso y taimado que finge ademanes republicanos, pero que — ¡vaya por Dios! — se siente defraudado. Son los que con un gesto paternal nos advierten que «no hay hombres», y los que sentencian la indiscutible incapacidad que para llegar a ser un estadista existe en quien antes no fué yerno o general. Sería inútil que ante estos enemigos acumulase aciertos la República. Su oficio es el santo y la meditación de lo que sería una República «de orden» en contraposición a esta República descreída y demagógica. Y su ideal no es otro que proceder a una restauración monárquica por el camino lógico de la reducción «ad absurdum».

Pero hay todavía una tercera categoría de enemigos que existen por una incomprensible debilidad de los hombres que llevan el timón de la República. Se trata de una numerosa colección de funcionarios dedicados a traicionar modestamente a la República desde los mismos puestos que el régimen les confió. Son aquellas gentes que en la Monarquía vivieron en situación de privilegio, o aquella honrada mesocracia que se sentía dichosa de pertenecer a un país en el que los generales rutilantes ofrecían a las gentes el espectáculo de su marcialidad, o en el que los duques ociosos vacaban a arriesgadas operaciones de índole venatoria.

La República, que puede tener un trato de respeto para el monárquico «pura sangre»; que debe tomar sus sencillas precauciones contra los enemigos de segunda categoría que no disponen de otras armas que las que les presta su ingenio modestísimo, debe adoptar resuelta y definitivamente una actitud de energía contra aquellos de sus servidores que la deshonran con actitudes primitivas de infidelidad o de violencia. La lealtad es el primer deber de quien se consagra a una función pública, de quien sirve a un régimen ungido con el respeto y el fervor del pueblo. Y la República desatenderá sus intereses primordiales y la alta función depuradora que el clamor popular puso en sus manos, si para proceder a una eliminación que es ya casi fatal, espera todavía a la exteriorización violenta de la indudable deslealtad que hacia ella sienten muchos de esos funcionarios desmandados.

En segunda y tercera plana publicamos una estensa información de los festejos de Feria de este año, hecha por nuestro redactor de espectáculos y deportes D. Francisco Guirao y nuestro Director D. Antonio Pérez Gómez.

PÁGINAS EUTRAPÉLICAS

—Mire Vd. Veronal— me ha dicho el Director al llamarme a su despacho—. El otro día le dije al regente de la imprenta que no admitiese más colaboraciones de Vd. Pero voy a hacer un último intento para ver de convertirle en un periodista cuyos artículos puedan ser leídos por media docena al menos de personas. Además, ya sabe Vd. que el periódico nos lo escribimo entre tres nada más. Del número pasado nueve artículos eran míos, y once del anterior. Y menos mal que no los firmo, pues de ir suscritos, habríamos tenido que agotar todas las combinaciones tipográficas posibles y todas las abreviaturas, como le ocurrió una vez a nuestro colega «El Luchador» con su prolífico redactor jefe Sr. García del Castillo. Estudie Vd. algo. Hágase amigo de algún hombre culto y estudioso que pueda ilustrarle. Si a pesar de ello, no adquieren sus trabajos más amabilidad, es que no sirve Vd. para este oficio.

Lector; ya sabía yo lo que quería de mí el Sr. Director. Indudablemente andaban flojos de originales y se veían obligados a acudir al último de la redacción, aunque por decoro tuviesen que justificar tal envilecimiento periodístico con un prólogo como el que acabo de transcribirte. Pero yo formé el propósito de ilustrarme hasta la saciedad, para poder llegar a escribir trabajos que solo pudieran comprender los suscriptores de Espasa, algún profesor de relieve y unos cuantos prelados de elevado rango, trabajos de esos que al leerlos un profano le sugieren ideas de machacarle la cabeza al autor o de llamarle idiota desafortadamente; trabajos de esos que al leerse con dolor de muelas, desaparece en el acto para dolerle a uno toda la cabeza.

Para lograr la necesaria preparación he leído la Crítica de la Razón Pura, me he aprendido de memoria los Prolegómenos a toda Metafísica, y he convidado setenta veces a vermout a un paisano nuestro muy talentado, tan talentado que tiene que llevar las ideas con sornén para que no se le caigan por la calle.

Ni por esas. Cada nueva lectura de los libros mencionados, en lugar de inspirarme un artículo, me enervaba de tal forma que comenzaba a desvariar despertando en mis familiares, cuando no una sonrisa compasiva, la adopción de medidas

de seguridad, las más de las veces cifradas en la interposición entre mi persona y las suyas de los objetos más voluminosos de la habitación. Cada sesión de vermout, en lugar de ponerme a tono con las musas, me obligaba a ciertas operaciones fisiológicas harto desagradables después de las cuales me quedaba con la boca más amarga que la retama y la cabeza hecha una birria. Hasta que tuve la fortuna de hablar un día con D. Manuel Amorós y oírle ensalzar las virtudes periodísticas de «La Vanguardia», y su papel de factotum en aquel bien fenecido órgano periodístico de las Hijas de María. Y como es natural me apresuré a solicitar de él la revelación del secreto del perfecto periodista.

Muy fácil, amigo mío. Muy fácil, pero exige cierta paciencia. Todo consiste en ir a Abarán varias veces por semana. Cuando yo era el alma de «La Vanguardia», iba a Abarán por lo menos tres veces; cuando iba cuatro, el periódico salía mejor, y una semana que fui diez veces, se logró un número tan perfecto, tan exquisito, que se nos dieron de baja todos los suscriptores. Fué un éxito.

Lector, en aquel momento comprendí la esencia del periodismo. Quemé los dos latazos filosóficos que me tenían loco. Le dije al talentado de ideas conservadas por la ortopedia, que dejará de tomar vermout so pena de que convenciese a su abuela para que lo convidara, y he ido esta semana catorce veces a Abarán. Con esta preparación he escrito el presente artículo, que al entregárselo al Director, y explicarle mis repetidas estancias en el vecino pueblo para prepararlo, solo ha merecido de él la siguiente frase—

—Para esto podía Vd. haberse quedado a vivir en Abarán y no hubiera perdido nada la Redacción—.

VERONAL

La seriedad que pretendemos imprimir a este semanario nos impide admitir colaboraciones espontáneas.

Lea Vd. ACCIÓN

